

# HISPANÓFILOS INSIGNES EN ESTADOS UNIDOS

## II

JORGE TICKNOR Y ENRIQUE W. LONGFELLOW

### § I

Intimo amigo de Prescott y grande admirador de Irving, fué aquel joven bostoniano, de noble aspecto, de erudición nada común, de alma simpática y de cierta vivacidad poco común en estos países, Sir Jorge Ticknor. Sólo contaba Ticknor veinticuatro años de edad cuando, en la primavera de 1815, hizo su primer viaje a Europa. Después de estar una temporada en Inglaterra, y cerca de dos años en Alemania, y haber pasado por Italia, emprendió su viaje a la península ibérica, donde había de granjearse tan merecida fama.

Aunque en este su primer viaje no estuvo más que unos seis meses, hasta el verano de 1819, con todo durante este corto período pudo enterarse de las cosas de España y averiguar los medios de que podía valerse para escribir, como deseaba, sobre algún asunto español. Sus talentos de historiador, su amistad con el simpático literato e hispanófilo inglés Mr. Roberto Southey, su trato constante e íntima familiaridad con Prescott, y sobre todo el amor que profesó a España ya desde que a ella arribó, le indujo a escribir la magnífica historia de la literatura española, la cual aun después de tantos años y a pesar de haber sido mal construída en algunas partes y haber sido derruída en otras por la crítica moderna, queda gloriosamente en pie y puede gloriarse de haberse abastecido a multitud de obras posteriores con los ricos materiales de que abunda.

Muy variadas son las impresiones que llevó Ticknor de su viaje a España. «Las páginas de sus cartas y de su diario están, como dice muy bien el señor Edwino Percy Whipple (1), llenas de interés y de erudición».

(1) Llenas de interés están también las páginas que sobre Ticknor escribió el señor Whipple. Le conoció personalmente y escribió poco después de su muerte un interesante artículo en el *International Review*, t. 3, p. 441, y que posteriormente en 1886 volvió a imprimir en *Recollections of Eminent men*, p. 258. Interesantes son también los artículos publicados por H. Adams, *North American Review*, t. 123, p. 210, y T. S. Percy (*Lippincot's Magazine*, t. 17, página 629).

La impresión que recibió al pasar los Pirineos era, que no solamente había pasado de un país a otro, sino también que había retrocedido dos siglos por lo menos. Por lo que toca a las costumbres, encontró que no se diferenciaban mucho de las que había leído en Cervantes y en Le Sage, a quienes, según Ticknor, se podía considerar como historiadores de las costumbres españolas de aquel tiempo. Al Rey que entonces era le da el apodo de harapiento; la aristocracia, con algunas excepciones, le pareció corrompida y sin remedio; la clase media mediocre y sin fuerza; pero la gente labriega constituía el mejor material que había en Europa para hacer un pueblo generoso y grande (1). Las primeras impresiones que recibió Ticknor no podían ser más desalentadoras. El estado de las bibliotecas españolas era desastroso. Los pocos hombres de talento que entonces había en España, se encontraban desterrados o eran perseguidos. Meléndez Valdés acababa de morir en el suelo francés; Quintana se hallaba en el castillo de Pamplona; Martínez de la Rosa estaba prisionero en el Peñón, en la costa de Africa; Moratín, pasaba los postreros días de su vida a orillas del Sena. Los pocos literatos que aún permanecían en España, sufrían una persecución continuada y solapada. Tal era la vida de Clemencín, de Navarrete, de Marina y del señor José Antonio Conde.

Con todo hay páginas muy optimistas en las cartas que por este tiempo escribía el futuro historiador de la literatura castellana. Con fecha 25 de Julio (1818), escribía desde la capital de España: «España y la gente española me agrada más que todo lo que he visto en Europa. Hay aquí más carácter nacional, más originalidad y más poesía en las costumbres populares y en los sentimientos de la gente. Aquí más que en parte alguna he encontrado el valor mezclado con barbarismo y la civilización mezclada con corrupción». (2). Pasó Ticknor dos días breves pero muy gratos en el Escorial; y por las calles de Granada estuvo «paseando días y días, encontrando a cada paso, como él nos dice (3), algo que me deleitaba y me sorprendía; a veces descansaba a la sombra de una palmera sentado junto a una refrescante fuente, otras gozaba desde la cumbre del Generalife de la magnífica vista de toda aquella explanada cruzada

(1) Whipple, op. cit, p. 258.

(2) *Life, letters, and journal of George Ticknor*. Bostón, 1909. Tomo 1, página 188.

(3) Id. p. 231.

por cuatro riachuelos y rodeada de montañas. Se parece más bien a una descripción de *El Paraíso Perdido* de Milton que al Val d'Arno, o a cosa alguna que pudo verse en los otros países de Europa.»

Ya desde el principio entró Ticknor en relaciones con la mayor parte de nuestros literatos, sobre todo con el Duque de Rivas y con el señor Conde. Con este insigne arabísea trabó íntimas relaciones y a él debió el señor Ticknor grande ayuda y esfuerzo. A pesar de su grande pobreza, dice Ticknor (1), se dignó pasar varias horas al día conmigo dirigiéndome en mis estudios de literatura. Solíamos leer la antigua poesía castellana, de la cual estaba él mucho más enterado que de la moderna y parecía que congeniaba mejor con sus estudios y con su carácter».

Con la sabia dirección del señor Conde pudo Ticknor emprender y llevar a cabo una obra que si tenemos presente las circunstancias en que se escribió y los raquíticos manuales que le habían precedido, no podemos menos que tributar a la memoria de su autor los plácemes más sinceros y los elogios más grandes. Para apreciar la obra de Ticknor no hay que compararla con los escritos literarios de Amador de los Ríos, de Menéndez y Pelayo o con los del Marqués de Valmar, sino con los que precedieron con los do Bouterweck y de Sismondi. Entonces se verá en su verdadera luz lo que hizo el infatigable bostoniano.

Durante diez años estuvo empleado en la composición de su Historia de la literatura española, sin publicar una sola página hasta que estuvo enteramente acabada (2). Era cosa sabida que estaba ocupado en esta tarea; compró a cualquier coste la mejor biblioteca de literatura española que jamás poseyó persona privada (3), y había tratado personalmente a cuantas personas así americanas como

(1) *Life, letters and journal...* p. 187 y en la Introducción a su *History of Spanish Literature*.

(2) Antes de publicar su historia, escribió un estudio sobre el antiguo arte español; publicóse en el *Home and Foreign Review*, t. 4, p. 79. Parece que publicó algo sobre la tauromaquia española, que en vano hemos procurado encontrar.

(3) Sobre la biblioteca de Ticknor véase *New England*, t. 39, p. 385 y el *American Bibliofoliot*, t. 3, p. 432. El señor James Lyman Whitney de la Biblioteca de Bostón, adonde ha ido a parar la de Ticknor, publicó en 1879 un catálogo de los libros que poseyó Ticknor.

européas que de algún modo se interesaban por la historia y literatura de España.

El *History of Spanish Literature* apareció finalmente en 1849. Era una obra voluminosa y abarcaba toda la historia literaria de España, así castellana como provincial, desde los tiempos más remotos hasta la fecha en que escribió las últimas páginas del tercer tomo.

«Del libro de Ticknor, afirma el señor Menéndez y Pelayo (1), puede decirse mucho bueno y mucho malo, según el punto de vista en que nos coloquemos. Si se mira como manual bibliográfico, su mérito fué eminente y su utilidad innegable: las indicaciones que contiene son casi siempre precisas y seguras, aunque en algunos capítulos muy incompletos. Todo trabajo de este género está condenado a envejecer muy pronto; pero el de Ticknor no ha envejecido del todo, y en algunas secciones resiste a la acción destructora del tiempo. Hay en la obra una falta de orientación crítica, una vaguedad y superficialidad de pensamiento, una falta de penetración estética (2), que no pueden disimularse con toda la erudición del mundo. Rara vez pasa de la corteza de los libros; sus juicios son muchas veces de insigne trivialidad, y otras resultan contradictorias hasta en los términos. Amontonadas, además, en breve espacio, todo género de obras, buenas y malas, ni las primeras lucen como es debido, ni es posible formarse idea del conjunto, ni creo yo que nadie, y menos un lector extranjero, puede, sin otro guía que Ticknor, distinguir, en medio de esa confusión, las verdaderas cumbres de nuestra literatura.»

El plan que siguió Ticknor no era ciertamente el mejor. Difícil sería decir qué orden tuvo en la disposición de tantos autores como incluye en su historia de nuestra literatura. En esta parte queda la obra de Ticknor muy inferior al manual de dilettante que sacó a luz en 1896 el literato irlandés señor Fitzmaurice-Kelly, aunque en otras muchas cosas la juzgamos superior (3). Ticknor no era un artista

(1) Prólogo a la traducción castellana de la *Historia de la literatura castellana* del señor Fitzmaurice-Kelly, Madrid 1901, p. XIII.

(2) En uno de los estudios preliminares a las *Obras de Lope de Vega*, t. 2, p. XXVIII, nos habla don Marcelino de la notoria falta de sentido estético que aparece en los escritos de Ticknor.

(3) No creemos que a Ticknor le pesara de los grandes méritos de nuestra literatura. Aunque con frases muy atenuantes parece indicarlo nuestro estimado amigo señor Rodríguez Marín en su eruditísimo e interesante estudio sobre *Pedro de Espinosa*, Madrid, 1907, p. 383.

como Irving, ni un crítico psicológico como Jaine, ni un ordenador como Tiraboschi y su mismo estilo, aunque claro en los hechos, varrónil en el tono, es duro y frío y contiene pocas de aquellas frases que hacen a un escrito interesante y que no se echan de menos en los diarios y correspondencia del mismo Ticknor.

Esta frialdad de estilo y la superficialidad de su crítica dependía tal vez del hecho que Ticknor no supo posesionarse del espíritu de la edad que estudiaba ni aún del verdadero carácter de los autores que juzgaba. No supo ponerse en la Edad Media o en nuestro siglo de oro. Sin duda alguna que la flojedad y languidez que caracteriza a su historia estriba en esta incapacidad de hacerse a los tiempos y lugares de edades pasadas. Lo curioso es que Ticknor era íntimo amigo de A. W. Shlegel y de Ludwig Tieck, de quienes pudiera haber aprendido lo que tanto necesitaba. Ticknor era superior a ellos en erudición, en el conocimiento bibliográfico de nuestra literatura, pero era inferior en el poder intuitivo que nace del percibir, conocer, interpretar, vitalizar y reproducir el espíritu de una edad y el carácter de los grandes hombres que en ella florecieron. En vano buscaremos en las obras de Ticknor juicios críticos tan interesantes y profundos de autor alguno, como los que hallamos sobre Calderón en las obras de Schlegel y sobre Lope de Vega en las de Tieck (1).

La parte más apreciable de la obra de Ticknor es la de erudición, explotada en nuestros días hasta por el mismo señor Menéndez y Pelayo, que más de una vez vistió sus bellos párrafos con los arreos acumulados por el noble ciudadano de Bostón. Libros y manuscritos pasaron por sus manos en miles. Sólo así pudo levantar ese monumento de erudición. La obra de Ticknor tiene cierta analogía con el obelisco levantado a Washington en la capital de los Estados Unidos. Ambas son obras gigantescas y sólidas, pero frías y sin arte alguno. Nos declaran lo mucho que trabajaron sus constructores, pero nos dicen también que no supieron expresar la belleza, tal vez porque no la percibían.

Ciertamente no percibía lo bello quien habló con tanta frialdad

(1) Ticknor hasta desconocía géneros enteros de nuestra literatura, como la mística y la ascética españolas. Afirma además que no solamente no hubo en España oratoria, pero que ni pudo existir. (Véase Miguel Mir, *Discurso preliminar*, p. IV, a los *Sermones del P. Fr. Alonso de Cabrera*, Madrid, 1906.)

de Fray Luis de León y con tanto menosprecio de Góngora (1). El que Ticknor haya incurrido en error como al tomar el Fuero de Avilés por el escrito castellano más antiguo que poseemos, al atribuir a Alfonso el Sabio los dos Fueros, al señalar 1468 como el año en que se publicó el primer libro en España, es bien perdonable, pues, entonces no estaba la crítica histórica tan adelantada como la vemos en el presente día. Aun a pesar de esto, estudios hay en la historia de Ticknor, como los que versan sobre Torres Naharro, Jorge Manrique, Don Juan Manuel, Las Casas, Cervantes, Boscán y otros varios, que aun hoy justamente nos llaman la atención. Sobre todo su estudio de *El Buscapé*, de los principios del culteranismo en España y del origen de la lengua castellana son merecedores de todo elogio. También es cierto que Ticknor fué el primero que publicó el poema de José el patriarca, fué asimismo el primero en dar a luz *La danza general de los muertos* y a él, finalmente, debemos el que se haya exhumado el bellissimo *Libro del Rabí Santob* (2).

Por estas y otras muchas joyas que adornan y enriquecen el *History of Spanish Literature* de Jorge Ticknor, fué universal y merecida la reputación que en breve alcanzó. Prescott y Motley le felicitaron con las frases más expresivas, y el autor del *Introduction to the Literature of Europe*, señor Enrique Hallam, no dudó afirmar que difícilmente se encontrarían en toda Europa, seis hombres que fueran capaces de dar un juicio cabal de la obra, a lo menos en lo concerniente a la parte erudita (3).

Los españoles, que no podían mirar obra tan peregrina con frialdad e indiferencia, se hicieron lenguas de ella, y por boca de uno de nuestros literatos más grandes proclamó que Ticknor «era sin duda uno de los escritores extraños que más grandes esfuerzos habían hecho para descubrir los olvidados tesoros de la literatura española, mereciendo bajo este aspecto toda consideración y elogio».

(1) Sobre el mérito de Ticknor como historiador literario puédese consultar los estudios de Ricardo Ford, *Quarterly Review*, t. 87, p. 289; de Prescott, *North American Review*, t. 70, p. 1; de C. C. Felton, *Methodist Quarterly*, t. 10, p. 292; y de T. F. Crane, *Nation*, t. 14, p. 377.

(2) Valióse Ticknor del códice incompleto y falseado de la Biblioteca Nacional. No conocería el códice Escorialense de que da cuenta el P. Restituto del Valle Ruiz, *Estudios literarios*, p. 235, y que años atrás estudió Coll y Vehí. Con todo, no creemos que Ticknor al publicar el códice de la Nacional haya hecho un flaco servicio al insigne poeta carrionés.

(3) Citado por Whipple.

y que no s  
tentado tra  
do acopiar  
van el nom

Muy  
americanos  
debían a  
gozado al  
cott, cuyo  
Isabel, y  
recuerdo  
usó Cerva

El m  
american  
watha, d  
siempre  
sus fases  
paña vió  
su larga  
como de

Fri  
carrera  
colegio  
viaje a  
rumbo  
Hasta c  
con sin  
to y c  
pueblo

Av  
muel

(1)  
t. 1, p.  
(2)  
(3)  
to his  
Longf  
de ést

y que no sólo había excedido en investigación a cuantos habían intentado trazar la historia de nuestra literatura, sino que había logrado acopiar muchas y muy peregrinas noticias, aun para los que llevan el nombre de eruditos (1).

Muy bien ha dicho un escritor de los Estados Unidos que «los americanos... deseosos como estaban de pagar algo de lo mucho que debían a España que descubrió el continente de que disfrutaban, han gozado al ver que de entre ellos salían hombres como Irving y Prescott, cuyos nombres van asociados con los nombres de Colón y de Isabel, y que de entre ellos también saliera un Jorge Ticknor cuyo recuerdo durará mientras durare rodeada de gloria la lengua que usó Cervantes» (2).

## II

El más simpático y el más interesante de los hispanófilos anglo-americanos no es otro que el inspirado autor de *Evangeline* y *Hiawatha*, don Enrique Wadsworth Longfellow. Aquella alma abierta siempre a las más nobles aspiraciones de la vida y al arte bajo todas sus fases y aspectos, enamoróse de tal suerte de todo lo que en España vió, y supo durante su residencia en ella que todos los días de su larga y honrada vida hablaba de la patria de Fr. Luis de León como del país de las gracias y de las musas.

Frisaba Longfellow con los diez y ocho años de su brillante carrera cuando fué nombrado profesor de lenguas romances en el colegio de Bowdoin, para cuyo mejor desempeño dispuso hacer un viaje a los países europeos. En Marzo de 1826 dióse a la vela con rumbo para Francia, de donde pasó a Alemania, Italia y España. Hasta el otoño de 1829 estuvo viajando por estos países, aprendiendo con singular tesón la lengua de cada uno y adquiriendo el más exacto y cabal conocimiento de las costumbres y literaturas de cada pueblo.

Aunque no lo supiéramos por las palabras de su hermano Samuel Longfellow y por las del señor Wallace Whiteloch (3), no

(1) J. Amador de los Ríos, *Historia crítica de la literatura española*, t. 1, p. LXXXVIII.

(2) *Chamber's Cyclopædia*, t. 7, p. 364.

(3) «Spain seems to have been the country that most strongly appealed to his imagination», *The Peterson Magazine*, Abril, 1897, p. 340. Samuel Longfellow, hermano del poeta, es el autor de una de las mejores biografías de éste, *Life of Wadsworth Longfellow*, Bostón, 1886.

dudaríamos afirmar que de todos los países europeos ninguno fue tan del agrado de Longfellow como el país de Cervantes y de Cisneros. En muchas de sus cartas, y particularmente en su *Outre-Mer* (1), hallamos la narración de sus viajes por la península ibérica. Entró por Francia y después de estar unos días en el norte de España, dirigióse a Madrid, de donde tomó el rumbo hacia Cádiz, pasando por Sevilla y por Granada.

La impresión general de España y de sus moradores aparece en los siguientes párrafos escritos por Longfellow mucho tiempo después de haber abandonado las orillas gaditanas. «Mis recuerdos de España son tan vívidos y deleitosos como los que más. El carácter del país y de sus habitantes, las tormentosas montañas e impetuosos vientos del norte — la pródiga abundancia y alegre encanto del sur — la historia y tradiciones del pasado, que se parecen más a fábulas que a crónica solemne de hechos históricos — una lengua blanda y al propio tiempo majestuosa que cae sobre los oídos como música marcial — y una literatura rica de variada erudición y de ficciones — éstos, pero no éstos tan sólo, son mis recuerdos de España. Con estos recuerdos se juntan mil más que dan un encanto mayor a los primeros. El claro firmamento — el puro y balsámico aire — los frutos deliciosos y las bellas flores — el higo y el álamo — la palmera y el olivo junto al camino — todo, todo esto hace que la vida en España sea tan alegre y que los hijos de ese clima sean los hijos del impulso y de la sensación» (2). ¡Qué páginas tan bellas y tan sentidas sobre la hermosísima patria de los españoles!

Con mucha razón ha dicho un escritor que es peligroso para los angloamericanos ir a Europa, pues estiman en menos, y no podía ser de otra suerte, las bellezas artificiales y aun naturales de su propia patria. En estas regiones de los Estados Unidos hay belleza, hay poesía, pero es una belleza, una poesía inanimada, carece de aquella alma que infunden a los valles y montañas, a las villas y aldeas, a los ríos y a los torrentes, las tradiciones legendarias y los hechos históricos tan insignes y memorables en el país de Isabel y Fernando, del Rey Moro y del Gran Capitán, de Cervantes y de Garcilaso, de las Navas y de las Alpujarras, de la invasión árabe.

(1) Véase lo que el señor O. W. S. Peabody dice de las narraciones sobre España que se hallan en esta obra de Longfellow, *North American Review*, t. 35, p. 459; y *American Modernist Review*, t. 4, p. 157.

(2) *Outre-Mer*, p. 179. Citamos siempre la edición de *luxe*.



y de la guerra de la independencia. Aquellos pueblecitos rodeados de sembrados y con la antigua iglesia que eleva su sencillo campanario por encima de todo, aquellas seculares catedrales y feudales castillos, aquellas costumbres tan patriarcales, tan encantadoras; todo lo que puede ver un turista en la península ibérica parece transportarle, como transportaba a Longfellow, a escenas gloriosas de que no pueden disfrutar los que nunca han visto sino al fecundante Hudson o al rumoroso Kaatskill. Hasta el mismo diáfano cielo que cobija a España llama la atención del viajero y a Longfellow hizo exclamar: (1) «¡Oh noche, cuán amorosa eres bajo el cielo de España! Como bestia de carga va adelante el azaroso día cargado de trabajos. Pero la noche, tranquila, silenciosa, noche santa, que como ángel servicial seca con su rociado soplo la frente del que sudaba y que, a la manera de las hijas romanas, se inclina para lavar los pies del peregrinante. ¡Qué hermosa es la hora vespertina con sus fulgentes estrellas! ¡Cuán bello el gentil resplandor de la luna! ¡Cuán delicioso el grato frescor del omnipotente y refrescante aire! ¡Oh noche, cuán amorosa eres bajo el cielo de España!»

Pero no fué tan sólo el país español lo que gustó al vate bostoniano. La nobleza de carácter, la efusión de los sentimientos y cierta dignidad innata parece que fueron, entre otras cosas, las que Longfellow juzgó ser cualidades típicas de los hijos de España. «Un pordiosero en España, afirma Longfellow, se envuelve en su audaz manto con toda la dignidad de un senador romano; y con una dignidad parecida a la de los grandes del imperio arrea un campesino español las bestias de carga. Llevan un aire de infanzones de pro» (2). «Me parece, también, escribe el poeta, que hay en el carácter español una mezcla de tristeza. La música nacional del país es notable por su tono melancólico, y con frecuencia se oye la sentida voz de un labriego cantando en medio del silencio en la soledad de las montañas, que cae sobre los oídos como si fuera un canto fúnebre» (3). Aunque la opinión común, sobre todo entre españoles (4), es poco favorable a esta de Longfellow, lo cierto es.

(1) *Outre-Mer*, p. 196.

(2) *Id.*, p. 181.

(3) *Id.*, p. 181.

(4) Menéndez y Pelayo, Serrano y Sanz, y casi todos nuestros críticos más autorizados son de la opinión contraria a Longfellow, que es también la nuestra.

que ni el carácter inglés ni el norteamericano posee una mezcla tan notable de tristeza y melancolía como la posee la raza española. A lo menos la gente catalana, valenciana, mallorquina y gallega no cede a país alguno en el sentimiento elegíaco.

Aun en la poesía castellana afirma Longfellow que tiene un tinte y bien marcado de tristeza y melancolía. «A la verdad, el distintivo más característico de los romances castellanos es el espíritu guerrero... Pero no es la trompa bélica lo único que aparece en ellos. El sonido de guerra está mezclado con la voz del dolor, con el canto de requiem por los muertos, está unido y como enlazado con una dulce melancolía (1). Cita Longfellow aquel trágico romance del Conde de Alarcos tan varonil y tan triste, y cita también el conocido y sentidísimo romance que lleva por epígrafe: «Río Verde, Río Verde». Véase la bella traducción que de este romance hizo el poeta norteamericano:

Río Verde, Río Verde!  
Many a corpse is bathed in thee,  
Both by Moors and eke by Christians,  
Slain with swords most cruelly.

And thy pure and crystal waters  
Dappled are with crimson gore;  
For between the Moors and Christians  
Long has been the fight and score.

Dukes and counts fell bleeding near thee,  
Lords of high renown were slain,  
Perished many a brave hidalgo  
Of the noblemen of Spain.

Otra nota característica de nuestros romances es, según Longfellow, aquella simplicidad no menos enérgica que encantadora que aparece en esos bellos rapsodas de nuestro tesoro poético. «Un grande hecho histórico se describe en las menos palabras posibles; no hay ornato ni artificio alguno. Bien se ve que la intención del poeta no era de embellecer si no de narrar. Nadie puede dejar de observar la fuerza, la belleza y el poder dramático que esta sola circunstancia comunica a los romances castellanos» (2). Todo el

(1) *Outre-Mer*, p. 181.

(2) *Id.*, p. 200.

estudio  
mamen  
merece  
Longfe  
vivido  
España  
como a  
sar tod  
Oro, a  
tiene q  
tumbas

A  
otro s  
trabajo  
año pu  
Se  
literari  
des de  
religio  
gioso,  
lengua  
parece  
todo p  
morad  
pueda

M  
Psalms  
pañ  
eclesia  
nuncia  
blan  
mente  
del cu  
mos

(1)  
que de  
try, br

(2)  
(3)

estudio que dedica Longfellow a nuestros valiosos romances es sumamente interesante (1), y aunque es más bien poético que crítico, merece nuestra alabanza y nuestra gratitud. Son, acaba diciendo Longfellow, como las catedrales góticas medievales que han sobrevivido al nombre de sus constructores y en la historia literaria de España forman desde el siglo XII hasta el reinado de Carlos V, una como avenida de monumentos sin inscripciones por donde ha de pasar todo amante de las letras españolas antes de llegar a la Edad de Oro, a la manera que el viajero que se acerca a la ciudad de Roma tiene que pasar primero por aquellas hileras de silenciosas e ignotas tumbas que bordan la Vía Appia (2).

Además de su estudio sobre los romances, Longfellow escribió otro sobre la poesía moral y religiosa de España. Publicóse este trabajo en 1833 y era como introducción a la versión que ese mismo año publicó de las coplas de don Jorge Manrique.

Según Longfellow sería muy difícil encontrar en la historia literaria de pueblo alguno, un capítulo tan lleno de las peculiaridades del carácter nacional como el que contiene la poesía moral y religiosa del pueblo español. En nuestras poesías de carácter religioso, «el pensamiento brota del corazón y se eleva hacia el cielo, el lenguaje viene encendido desde el labio del poeta. La imaginación parece estar espiritualizada; en ella nada hay de extracto terrenal, todo parece venir del cielo, de un cielo semejante al que ven los moradores de España, cielo sin nubes, sin vapores terrenales que puedan obscurecer su belleza». (3).

Muy acertadamente afirmó también el simpático autor de *Psalm of Life*, que el mayor encanto de los poetas religiosos de España es la sinceridad. «Los más de ellos, dice Longfellow, eran eclesiásticos, hombres que alejados de todo fanatismo habían renunciado los bienes de este mundo por las promesas del otro. Hablan del desprendimiento de este mundo y no hablan hiperbólicamente; nos hablan de una añoranza por la libertad de esta cárcel del cuerpo, a fin de tener su conversación en el cielo, y nos sentimos convencidos que ya han principiado a vivir esa vida dichosa.

(1) Dice Longfellow que de los romances castellanos se puede decir lo que de las baladas inglesas decía Isaak Walton, que eran *Old-fashioned poetry, but choicely good*.

(2) *Outre-Mer*, p. 217.

(3) *Id.*, p. 256.

con la vida que llevan llena de penitencias, de meditación y de oración» (1).

Tradujo Longfellow y con notable elegancia y acierto no pocas de nuestras poesías religiosas, contándose entre otros dos sonetos del malogrado poeta Tortosino Francisco de Aldana, a quien llama, y con mucha razón, poeta notable tanto por la belleza de sus conceptos como por la armonía de sus versos (2).

Pero la traducción más notable de Longfellow es sin duda la que hizo de las coplas de Jorge Manrique. Aquella solemnidad y belleza en las concepciones, aquel noble reposo, aquella dignidad y majestad del estilo, cualidades muy patentes en la oda de Manrique, según dice el mismo Longfellow, aparecen también en la hermosa traducción del poeta bostoniano. Longfellow no sólo traduce las ideas, pero aun el espíritu del original, no íntegramente pero en cuanto era dado a un protestante como Longfellow. Al leer el original de Manrique nos parece oír los funerarios toques de una campana, al leer la versión de Longfellow creeríamos escuchar los tristes deijos de uno de esos himnos luteranos tan extraños a oídos católicos.

No cabe dudar que Longfellow era un traductor como muy pocos. «Ninguna traducción de poesías extranjeras, dice el señor Grimald, hay en inglés que superen a las traducciones que hizo Longfellow y sería muy difícil decir que haya algunas del castellano, del alemán y del sueco, que puedan igualarse a las que él hizo de poesías originariamente en estas lenguas tan diversas entre sí» (3). Longfellow poseía con perfección la lengua castellana (4), y a la verdad hubiera sido imposible traducir las coplas de Jorge Manrique sin un conocimiento cabal de la lengua. Por esto se puede afirmar con el señor Menéndez y Pelayo, que era imposible llevar a mayor perfección el arte de traducir en verso, de lo que

(1) *Outre-Mer*, p. 260.

(2) En la colección *Poets and Poetry of Europe* (1845), incluyó Longfellow un tomo de poesías de varios autores sobre España y algunas originales o traducidas por el mismo de diversas lenguas europeas.

(3) *Works of Longfellow* (edición de luxe), t. 10, p. 43. Horace E. Scudder le llama: «a consummate translator».

(4) Ticknor escribió a Mr. Greene: «Longfellow habla y escribe en castellano con una facilidad extraordinaria. (*Longfellow's life by Samuel Longfellow*, t. 1, p. 201).

le llevó el po  
poeta español

En 1843  
conocida y po  
nilla de Cervar  
traba dramátic  
el drama de l  
misimo poeta s  
escena segunda  
«throw up the  
ne closses», di  
este drama ve  
fería el poeta  
poema épico-lí  
su padre: «Te  
Hesperus y un  
en cinco actos  
tendrá un feliz  
lonfelliiano, es

canto lírico qu  
inferior a aque  
fe. Creo que  
canto *A las es*  
*Legend* y el *M*  
tablas.

Longfellow  
prosista vale m  
*Mer*, que esta

(1) Superior  
que de las copla  
en forma de lib  
nocido poeta de

(2) *Life of*

(3) Referim  
Eduardo Everet

le llevó el poeta norteamericano en su traducción del soldado y poeta español (1).

En 1843 publicó Longfellow su *Spanish Student*, drama poco conocido y poco digno de conocerse. Aunque basada en *La Gitanilla* de Cervantes, nada tiene del humor y de la amenidad y de la traba dramática que tiene la obra de nuestro insigne prosista. Es el drama de Longfellow uno de tantos desenlaces amorosos, y el mismo poeta se admiraba de lo a prisa que lo había escrito. La escena segunda del segundo acto, donde el Cardenal y Arzobispo «throw up their caps in the air, and applaud vehemently as the scene closes», dice muy poco en favor de Longfellow. Nada hay en este drama verdaderamente escénico e interesante. Con todo prefería el poeta este insípido drama de un principiante a su hermoso poema épico-lírico *The Wreck of Hesperus*. En 1840 escribía a su padre: «Tengo ya acabados un poema largo *The Wreck of the Hesperus* y un poema más largo aún *El Estudiante Español*, drama en cinco actos. Tengo confianza que el último de estos poemas tendrá un feliz éxito» (2). Lo único notable que hay en este drama longfellowiano, es el canto lírico *A las estrellas*:

Stars of the summer night  
Far in yon azure deeps,  
Hide, hide your golden light!...

canto lírico que vale más que el famoso *Excelsior* y que sólo queda inferior a aquel canto tan armonioso y tan sentido del *Psalm of Life*. Creo que cualquier hombre de gusto trocaría fácilmente por el canto *A las estrellas*, no sólo el *Spanish Student* sino aun el *Golden Legend* y el *Michael Angelo*, dramas de poeta que no nació para las tablas.

Longfellow no era poeta dramático y aun considerado como prosista vale muy poco (3). Pretendía con todo al escribir el *Outre-Mer*, que esta obrilla de impresiones de viaje valiese tanto o más

(1) Superior a la traducción de Longfellow es la magistral traducción que de las coplas de Jorge Manrique ha hecho al inglés y piensa publicar en forma de libro con estudios preliminares, nuestro estimado amigo y conocido poeta de Nueva York, señor Thomas Walsh.

(2) *Life of W. Longfellow*, t. 1, p. 367.

(3) Referimos a la hermosísima obra *The story of Spain* del señor Eduardo Everet Hale y Susana Hale.

que la bellísima colección de narraciones magistrales que Irving ha dejado para perpetuo solaz de sus compatriotas en las páginas de su *Sketch book*.

A España compuso el poeta de Boston una hermosísima oda, dulce y suave en la versificación, delicada y sentida en los conceptos y que ha merecido justos elogios por parte del autor de uno de los mejores libros que sobre España conozco en lengua inglesa (1). El poema de Longfellow se intitula, *Castles in Spain* y las dos estrofas que copiamos a continuación nos darán una idea de su belleza y primor y del amor que a España profesaba, el inspirado vate.

How much of my young heart, O Spain  
Went out to thee in days of yore!  
What dreams romantic filled my brain  
And summoned back to life again  
The Paladins of Carlemagne  
The Cid Campeador?

. . . . .  
The softer Andalusian skies  
Despelled the sadness and the gloom;  
There Cádiz by the seaside lies,  
And Seville's orange orchards rise  
Making the land a paradise  
Of beauty and of bloom.

Anteojos perfecta de esta hermosa canción a España es la leyenda *The Theologian's Tale*. En todas las obras de Longfellow, cantor de los cielos y de la inocencia, nada hay tan cargado de pormenores cruentos y de espíritu sectario como esta leyenda, digna de Víctor Hugo o de nuestro Adolfo Becquer. El suceso se desarrolla en los heroicos días

when Ferdinand  
And Isabella ruled the Spanish land,  
And Torquemada with his subtle brain  
Ruled them, as Grand Inquisitor of Spain.

Entonces fué cuando el Gran Inquisidor de España sedujo a un padre que él mismo llevara a la hoguera a sus tres hijas por creerlas

(1) Aun como poeta es muy discutido el mérito de Longfellow. La falta de originalidad en este poeta es cosa bien notoria, y ya en vida del poeta lo había declarado Allan Poe en su estudio *Longfellow y otros plagarios*. Aun el *Evangeline* fué extraído, así en la substancia como en la mayoría de los pormenores, de las historias de los jesuitas canadienses.

infectadas de herejía. Torquemada le propone el ejemplo de Abraham y con otras muchas razones, que por cierto nunca usaría el santo Inquisidor, le constriñe de suerte, que el desdichado padre conduce al patíbulo a sus inocentes hijas que estaban de continuo

Reminding him of their dead mother's face.

Nada más lúgubre y nada más inverosímil que las descripciones de Longfellow. Como Prescott, Irving, Ticknor y tantos otros protestantes, no pudo Longfellow dejar de echar un bocado al cancerbero de la impiedad. Echase bien de ver esto en los últimos versos, donde nos describe a Torquemada que se pone en camino para presentiar el cumplimiento de sus deseos y cuyo

awfull name resounding, like the blast  
Of funeral trumpets, as he onward passed.

Pocos días antes de su muerte, acaecida en 1882, escribió Longfellow *The Bells of San Blas*, última poesía que nos ha dejado la delicada musa del autor de *Evangeline* y *Outre-Mer*. En este canto a *Las Campanas de San Blas*, nos dice Longfellow que ellas son

a voice of the Past,  
Of an age that is fading fast,  
Of a power austere and grand,  
When the flag of Spain unfurled  
Its folds o'er this western world,  
And the Priest was lord of the land.

Con estas hermosas líneas sobre España terminó Longfellow su última poesía. Aquella noble alma se sentía siempre atraída por España, aun por la religión de España, que hubiera ciertamente abrazado si influencias extrañas no le hubieran impedido. Longfellow amó a España y apreció siempre a los nobles hijos de ese país, y ellos también le aprecian y estiman y no hace mucho que un amigo del que esto escribe nos mostró en la plazuela del Puerto de Santa María la ventana que daba al aposentillo que allí ocupó Longfellow durante su residencia en aquella marítima y hermosa ciudad gaditana.

GUILLERMO FURLONG  
*Spanish-American Atheneum de Washington*

(Continuará.)